



ESCALA DE DIOS

La de *Scala Dei* fue la primera cartuja edificada en la Península Ibérica (s.XII). Hoy en día se pueden visitar las ruinas del portal barroco, una celda y la iglesia.

RENÉ BARBIER FUE EL IMPULSOR DEL VINO AQUÍ, QUE CREYÓ EN LAS POSIBILIDADES DEL SUELO DE LICORELLA

La tarde acaba con la bici apoyada en un árbol, un lento paseo, un picnic entre las viñas, cómo no una copa de vino de negra garnacha en la mano y el contraste del dorado que va dejando la puesta de sol, tímida al principio, colándose entre las nubes, pero explosiva en sus últimos momentos, inundando de luz el valle, los viñedos y las montañas que nos hacen de televisión, sin ganas de zapping. La cena en el restaurante **El Cairat de Falset** (www.restaurantelcairat.com) nos permitió seguir comprendiendo la comarca. Mercè, la propietaria, nos contó que empezaron sirviendo vino a granel, hasta que un día le dijeron a su clientela que de pagar 30 pesetas por litro, iban a pasar a pagar 1.500 pesetas por un Clos, el vino que sale de una sola propiedad. Si hacías desembolsar semejante fortuna, “no podías ponerles el trío clásico de masía catalana: ensalada, carne a la brasa y crema catalana”. Así que su cocina, sin salirse del producto de proximidad, empezó a apostar por

elaboraciones más complejas, por maridajes sorprendentes. En su carta vemos que baña al conejo con ratafia de tomillo o que utiliza cerveza de garnacha para unas albóndigas supremas.

Los responsables de poner ese precio y vender el vino en botella fueron tres amigos: René Barbier, José Luis Pérez y Carles Pastrana. Mientras hacemos la visita a la bodega **Clos Mogador**, me cuenta Isabelle, la mujer de Barbier, que llegaron en bicicleta desde Francia en 1979. Se duchaban en la calle, lo que les trajo el apodo de los gitanos rubios por parte de los payeses, que les miraban con cierta incredulidad. Su intención era la de hacer un vino para los amigos y en 1989 nació la primera botella. Aquello fue como una bola de nieve, un crecimiento imparable en dirección a los mercados internacionales más exigentes. Fueron los impulsores del vino aquí, gente que creyó en las posibilidades del complicado suelo de licorella que alfombra toda la comarca. Eso sin quitarle mérito



Félix Lorenzo



Félix Lorenzo

a una de las grandes mujeres del vino, Assumpció Peira, que estaba allí antes que todos ellos. Al salir de la finca, Isabelle nos deja otra frase de las que se anotan: “Menos tractor y más mula, hay que volver a los orígenes”.

La siguiente visita nos lleva a la cooperativa de **Falset-Marçà** (www.etim.es), una de las bodegas modernistas. Cuando esperábamos a que apareciera la guía para dar comienzo a la visita, se presentó Blai, un supuesto trabajador, que nos fue explicando, en clave de humor, el proceso de elaboración del vino. Si cuando construyeron esos edificios fueron el último grito en arquitectura, un siglo después no iban a ser menos. La tecnología también se ha colado aquí: había wifi en todo el recorrido y un cartel animaba a *piular* por Twitter, con el correspondiente *hashtag*, todo lo vivido. Completamos el tour por las **Catedrales del Vino**, un conjunto de edificios para usos agrícolas construidos a principios del siglo XX, ya por territorio de la Terra Alta, con la visita a las cooperativas de Gandesa y de Pinell de Brai.

De regreso al Priorat, en las cercanías de **Scala Dei**, empezamos a percibir la huella del priorato: silencio monacal, sólo roto por el trino de algunos pájaros, un ritmo pausado.

Alguna mente perversa podría establecer relación entre el exceso de vino y la historia de la fundación de la primera cartuja de España. Un pastor que sesteaba junto al rebaño dijo que vio a un ángel subir y bajar de una escalera colocada en la copa de un pino. Lo cierto es que no fue hasta la llegada de los monjes, a partir del año 1203, cuando empezaron a enseñar a los agricultores a sacar partido al jugo de la vid, por supuesto diezmo mediante. Hasta que un tal Mendizábal les dio a los payeses patente de corso para reclamar lo que era suyo.

Teníamos claro que el atardecer iba a ser en **Siurana**, uno de los pueblos más bonitos de la zona, con su caserío colgado de un risco y vista privilegiada al pantano. Poco importaba lo serpenteante que fuera la carretera que sube hasta el pueblo. Al borde del abismo es fácil creerse la historia de la reina mora, una de esas típicas leyendas que corren por los pueblos y que habla de una bella muchacha que al verse obligada a convertirse al cristianismo, prefiere saltar con su caballo al vacío. □